

CULTURA

El capitán Scott tiene quién le recuerde

Alicia Kopf navega entre dos polos, uno épico y otro real, en 'Hermano de hielo'

RUT DE LAS HERAS BRETÍN, Madrid "¿Quién se acuerda del capitán Scott?", reza la pregunta final de la canción de Mecano *Héroes de la Antártida*. En *Hermano de hielo*, libro de Alicia Kopf recién publicado por Alpha Decay, queda claro que la autora sí se acuerda. De él y del resto de conquistadores árticos y antárticos, pues lo que les rodeaba, el hielo, ha dado pie a *Árticantártic*, una serie de obras donde *Germá de gel* (L'Altra Editorial) —salíó primero en catalán— fue su exitoso punto final, ya que ganó el Premio Documenta 2015 de narrativa para menores 35 años y el Premio Llibreter 2016.

Alicia Kopf —cuyo nombre real es Imma Àvalos (Girona, 1982)— se considera "autora de cosas". "Por mi formación [Bellas Artes], no solo pongo el acento en el cuerpo final, también en el concepto. No me gustaría cerrarme y decir que soy escritora". Tampoco se encuentra cómoda con que *Hermano de hielo* se considere una novela, añade el calificativo "transgénero". Es una mezcla de ritmos, de formas, de textos científicos, de autoficción. Cuando se explica, como cuando escribe, se percibe cómo mide cada término.

"He aprendido el poder de la escritura", añade como si hablara de las palabras cual cuchillas de hielo. Cuenta su proceso creativo como un momento de total concentración y esa es también su actitud al hablar del libro. Sería, reflexiva, parece fría —la presencia del hielo en la conversación y sus ojos claros ayudan a esta percepción—, aunque cuando la charla gira a temas mundanos se relaja. El hielo se rompe.

Hermano de hielo es un iceberg esculpido por su autora. Tiene tres polos: el artístico, la investigación y el emocional. Kopf se mueve entre la investigación histórica y científica, que predomina al principio del relato, y la parte sentimental, más ella, que muestra la dificultad de caminar por el terreno helado y resbaladizo en el que se encontraba mientras construía esta obra. Sin embargo, matiza: es ella y no lo es. Que es ella se ve hasta en pequeños detalles: lleva una camisa abrochada hasta el cuello como una con la que se describe en el libro. Aunque de claro que no es una autobio-

grafía: "Solo he escogido las etapas de hielo. La selección de momentos duros es lo que hace que sea ficción, que se cree una imagen distorsionada de la realidad. No me interesa reflejar lo real, solo partir de ello". Se desprende del referente biográfico para que los lectores se identifiquen. "Se trata de ser honesta y mostrar los engranajes". Y lo consigue en un texto que va de lo épico de la conquista de los Polos, a la precariedad laboral y sentimental en la que se encontraba cuando lo escribió. "La realidad es cruel. No soy yo la que la hace así", afirma cuando habla de su hermano, al que dedica el libro y del que a pesar del título, dice que no es de hielo, pero que sí se queda congelado. Es autista, a veces se queda para-



Alicia Kopf, este mes en Madrid. / C. ROSILLO

do en mitad de las acciones y hay que sacarle de ese vacío. Insiste en que ella solo dibuja lo que hay, sin adjetivarlo, sin colorearlo. Si contar esto es abrirse en canal, no le importa hacerlo: "Hay un malentendido con la ficción literaria. Ahí también se trabaja con material emocional, un escritor siempre trabaja con las vísceras, otra cosa es que las ponga en boca de otro o del yo".

Y llegó la catarsis. Kopf reconoce que sacar a la luz este libro-iceberg hizo que se empezara a descongelar. El agua empezó a fluir, comenzó el movimiento, su nueva metáfora de trabajo. Le queda mucha investigación para llegar a un punto que no está fijo, como los Polos. Ella relata cómo Amundsen recorrió varios kilómetros alrededor de donde se suponía que estaba el Polo Sur para asegurarse de que había llegado.



Hilda Krüger, entre Manolete y Cantinflas, en 1946. / EL UNIVERSAL

Hilda Krüger, la espía que se acostaba por Hitler y su Reich

Una biografía ilustra la labor secreta de la actriz alemana en México

JAN MARTÍNEZ AHRENS, México

Los ojos azules de Hilda Krüger (1912-1991) adoraron al más negro de los imperios. Actriz mediocre en una Alemania bárbara, su carrera habría acabado en el olvido si no fuera por su connivencia con el Tercer Reich. Por su causa abandonó a su marido judío y alcanzó un papel estelar trabajando para su servicio de espionaje. Fue esta veneración hacia Hitler, pero también al oro y al poder, los que empujaron a esta perturbadora artista a tejer en Estados Unidos y en México una tupida red de conexiones con la oligarquía económica y política que le permitió entregar a la Abwehr información confidencial. Como espía no tuvo reparos en usar su cama para obtener su mercancía. Rubia, curvada, en sus brazos cayeron el multimillonario Jean Paul Getty y el futuro presidente de México, Miguel Alemán, en ese momento ministro de Interior. Una jugosa biografía, publicada por editorial Debate, de Juan Alberto Cedillo reconstruye el esplendor y miseria de Krüger y da un repaso sobre el poco conocido juego de espías que se libró en el México de los años cuarenta.

Nadie hubiera dicho que Krüger tenía mimbres para ser estrella. Ni era alta ni poseía el encanto anguloso de divas como Marlene Dietrich. Pero en su poder retuvo una carta más poderosa: su íntima relación con el ministro de Propaganda nazi, Joseph Goebbels. Gracias a él ascendió y multiplicó sus intervenciones cinematográficas; aunque por el tuvo que salir de Alemania, debido a los celos de su esposa, Magda.

En la efervescencia de Los Ángeles buscó el papel de su vida. Rápidamente destacó en las fiestas y cócteles de la urbe californiana. Simpática y seductora, sobre ella cayeron los ojos voraces del multimillonario petrolero Jean

Paul Getty. De su brazo áureo entró en el universo de plutócratas como los Rhodes y los Hastings. Convertida en habitual de sus reuniones, con puntualidad germana empezó a filtrar todo lo que veía al servicio de inteligencia. "Hilda se convirtió en un enlace que proveía de información difícil de obtener fuera de esos selectos círculos, aunque también a veces se sacaba de cabarets, confesionarios y, más ocasionalmente, de la cama", señala Cedillo en su obra.

Petróleo para los nazis

En esos cenáculos, la alemana escuchó a William Rhodes Davis decir que desde 1938 compraba inmensas cantidades de petróleo para enviarlo a la Alemania nazi. Y

que en la operación participaban Getty y Rockefeller. Ahí fue cuando México y su petróleo entraron en el tablero del Tercer Reich. En febrero de 1941, Hilda Krüger cruzaba el río Bravo rumbo a la capital mexicana.

Su misión tenía trascendencia histórica. El régimen nazi se preparaba para invadir la Unión Soviética. La necesidad de asegurar el combustible era vital. México era un productor neto. La entrada en la escena mexicana de Krüger recibió un doble apoyo: la Abwehr le preparó el acercamiento a altos funcionarios, y el millonario Getty la presentó en sociedad. "Fue una agente vocacional y nazi, pero se sabía mover en los círculos intelectuales", recuerda Cedillo.

Su primer éxito fue seducir a Ramón Beteta, que había sido subsecretario de Exteriores. Tras este primer paso, Hilda buscó ascender. Esta vez, su víctima fue el secretario de Gobernación, Miguel Alemán Valdés. Descrito en el libro como "un macho insaciable", no fue difícil tender puentes. Alemán enloqueció ante aquella perniciosa rubia. Krüger, hitleriana hasta la médula, soportó humillaciones. Como amante del ministro de Interior, pudo relacionarse con generales y funcionarios y proporcionar datos estratégicos.

El 8 de diciembre de 1941, después del ataque japonés a Pearl Harbour, Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial. Lo que hasta entonces habían sido presiones se transformaron en obligaciones. Washington exigió la expulsión de los cabecillas de la quinta columna nazi: 22 nombres entre los que figuraba Hilda Krüger. El presidente Ávila Camacho aprobó su detención. Una tras otra fueron cayendo. Hilda se libró por un último favor de su amante. El golpe supuso su fin como espía.

El fracaso de una exagente

Hilda Krüger, acabada la Segunda Guerra Mundial, intentó rehacer su carrera con un par de películas en México y contrajo matrimonio con el dandy Nacho de la Torre, emparentado con la familia del expresidente Porfirio Díaz. Se divorció y volvió a casarse. Nada le funcionó. Abandonó México e incluso trató, en 1958, de reactivar su carrera en Suiza con otro filme. Pero sin los apoyos de antaño, no tuvo éxito. A paso lento se fue apagando. Nadie la condenó nunca y solo una vez regresó a México para descubrir que nada era como antes. El 8 de mayo de 1991 murió en Lichtenfels (Baviera). Su memoria es ahora parte de la historia de la infamia.